

Identidades formateadas: normalización del empleo inestable y participación juvenil

Antonio Santos Ortega

Universidad de Valencia

Los jóvenes nacidos en este último tercio de siglo han visto cómo se expandía su volatilidad en el empleo y en la participación social. Tradicionalmente articulada en torno al mundo del trabajo, la participación actual de los jóvenes en la vida social se plantea prioritariamente en otros terrenos y ha adquirido otras formas a pesar de verificarse una debilidad acentuada en sus proyectos vitales. El periodo de "irresponsabilidad" social, la llamada moratoria juvenil, se ha acrecentado en estos últimos tiempos, retrasándose alrededor de seis años la incorporación media al mercado de trabajo. Necesariamente, este espacio vacío de participación laboral ha de repercutir sobre la propensión de los jóvenes a participar en otros campos de la vida social.

Palabras clave: Juventud; Formación; Mercado de trabajo; Participación.

Introducción: los vínculos entre el empleo y la participación social

Paralelamente al retraso en lo laboral, hemos asistido al progresivo afianzamiento de una participación "de diseño", que se ha modelado mediante la construcción de una identidad juvenil donde el trabajo es relegado a un lugar secundario, que es ocupado por la formación, la información, el consumo y las modas. Todo ello adornado con el conveniente espíritu de autonomía, movilidad, experimentación y creatividad de las cuales el estilo de vida joven parece que es portador. Este esencialismo sobre las cualidades de lo joven es un puro ejercicio retórico destinado a apuntalar unas políticas juveniles que progresivamente han desasistido los aspectos centrales de las condiciones de vida de los jóvenes. En concreto, sus condiciones de empleo, que han sido abandonadas a las fuerzas de la flexibilidad y la competitividad.

Pues bien, en este artículo se mantiene que el relativo distanciamiento de los jóvenes hacia los núcleos básicos de la participación social está relacionado con el paralelo alejamiento forzado del

empleo, con el debilitamiento o subalternidad de la presencia de lo laboral y, frente a esto, con el radiante resplandor que emiten los nuevos y atrayentes focos de las modas, la información y el consumo personalizado, que delinean un estereotipo de joven desencantado de la participación social y política que, por desgracia, muchos de ellos acaban creyéndose. Estos procesos de dominación van siempre ligados a los procesos de explotación, que se expresan en el terreno del trabajo, en este texto intentaremos articular ambos.

Por tanto, la preocupación de este artículo es ofrecer un serie de datos que ayuden a interpretar las modalidades a través de las cuales el trabajo ha sido desplazado del lugar central que hasta muy recientemente había ocupado. El trabajo temporal, los tipos de ocupaciones que realizan los jóvenes y su presencia en el paro serán tratados de manera que permitan clarificar los vínculos entre los problemas en el mercado de trabajo y la participación social. Con todo, los jóvenes miran más al empleo de lo que los defensores de los estilos de vida joven presumen, aunque sólo sea para conseguir algo de dinero para hacer frente al

bombardeo publicitario de los estilos de vida joven. Para demostrar esto se documentarán algunas de las principales tendencias en el empleo que desvelan la tremenda importancia que tiene actualmente el trabajo para ellos.

Adelantamos en esta introducción la necesidad de reintroducir en el estudio de las condiciones de vida de los jóvenes el análisis en términos de clase social. El predominio actual del descriptivismo hueco de los estilos de vida o de los enfoques de la equidad intergeneracional, donde se abusa del concepto de generación para esquivar el análisis de clase, está perjudicando el conocimiento de la problemática juvenil, pues estos enfoques prestan más atención a las semejanzas en el seno de una generación que a las desigualdades reales que se producen entre los componentes de la misma (Gauillier, 1998). Atendiendo a estas desigualdades, que se expresan en términos de clase, podrían desentrañarse mejor las circunstancias que rodean al colectivo de jóvenes. Desafortunadamente, ni las fuentes estadísticas ni los estilos predominantes de investigación favorecen este camino.

Una última matización. El desencantamiento de lo social que supuestamente está extendido entre los jóvenes es otro de los artefactos que conviene desactivar ya que, por efecto de las profecías que se autocumplen, puede llegar a convertirse en realidad. Los jóvenes de hoy no están mucho más desencantados que en otros momentos, pero la rentabilidad de esta idea del desencanto para enfriar el conflicto juvenil latente, la impulsa permanentemente y está sirviendo para canalizar, de forma interesada, la participación juvenil por vías lo menos participativas y conflictivas posible.

I. Vivencias juveniles de la inestabilidad laboral

Las preocupaciones de los jóvenes de hoy respecto al trabajo no han cambiado demasiado en los últimos quince años. La extensión de formas de contrato temporal ha alcanzado en las edades juveniles niveles inimaginables hace dos décadas y paulatinamente se ha asentado un modelo de

empleo que hace saltar de alegría a los jóvenes cuando se les hace un contrato de tres meses. Lo que hubiera sido objeto de chiste tan sólo hace quince años es hoy la norma. En general, sus expectativas no han mejorado en este período y si analizamos detenidamente diferentes indicadores no sería exagerado decir que han empeorado. Muy pocos son los que pueden evitar un periodo prolongado de incertidumbre, en el cual se transita por el paro, se encuentran trabajos con un alto grado de provisionalidad e irregularidad y se acumulan experiencias laborales que, en la mayor parte de los casos, son inservibles e insignificantes para la trayectoria profesional de nadie. La inestabilidad laboral se afianza y está incrustada en la lógica de la economía y las empresas. Una realidad que se siente cada vez más ajena e incontrolable por parte de los jóvenes, y de todos, pero a cuya arbitrariedad parece que no va quedando más remedio que ajustarse.

Frente a estos hechos y en oposición a ellos, parece extenderse un tipo de opinión, con poderosas pretensiones de verdad y con intención de imponerse como visión única, que mantiene un punto de vista muy diferente: los jóvenes cada vez van mejor. Su creciente nivel educativo posibilita el acceso a mejores y más cualificados empleos y también al disfrute de un mundo de ocio, cultura y tecnología más completo que el de sus antecesores; su vida ha mejorado en cuanto al confort, al consumo y a la información sobre un amplio marco de temas y, pese a que se reconocen leves problemas en cuanto al empleo, la vivienda o la participación social, no son de tal magnitud que puedan empañar los avances de la actual condición juvenil. Este discurso es insistentemente mantenido por los especialistas más convencionales en ciencias sociales y, en concreto en temas de juventud. Sin embargo, desde mi punto de vista, y sin negar que algunas de sus afirmaciones son aceptables, o al menos admiten la discusión, el problema de esta visión de la identidad juvenil es que corre el riesgo de ser poco flexible, estar poco abierta a la crítica y acabar por ocultar o negar buena parte de la realidad.

Es preciso analizar el porqué de esta operación ideológica de ocultación de la realidad más dura que vive la mayoría de los jóvenes y también el porqué del desajuste, cada vez mayor, entre las percepciones de algunos expertos en temas de juventud y las de los propios jóvenes. Estos están bastante más preocupados por la situación de lo que sus analistas pretenden y el efecto tranquilizante de las recetas de estos últimos es cada vez menor frente a los impactos de una creciente inseguridad vital, social y laboral. Un indicador de la preocupación de los jóvenes respecto a la tendencia al afianzamiento de esta inestabilidad podemos encontrarlo en el último informe sobre la juventud (1996). El 51% de los jóvenes trabajadores declaraban percibir el riesgo de perder su empleo actual. Este sentimiento sólo alcanzaba el 30% en 1982. Parece cada vez más indiscutible que la inseguridad y la precariedad laboral están caracterizando la socialización profesional de la mayoría de los jóvenes en los últimos veinte años, y también ellos parecen percibirlo así.

Partimos de la idea de que la condición laboral de los jóvenes sigue siendo la base sobre la que se asienta el proceso de emancipación y paso a la vida adulta. Las condiciones de empleo han sufrido un empeoramiento progresivo en los últimos quince años, de forma que ha disminuido la capacidad de gran parte de los jóvenes para conseguir la autonomía económica. Este recorrido hacia la precarización sufrido por los jóvenes se conecta con otro más amplio, divulgado al conjunto de la sociedad y que consiste en la extensión de la inestabilidad y la devaluación del trabajo asalariado como fuente de poder y de identidad colectiva. La temporalidad en el empleo y la difusión de un desempleo masivo y estructural son sus indicadores más evidentes. Describimos a continuación algunas de las líneas más destacadas de estos procesos. En el siguiente punto (II) enmarcaremos los procesos de cambio laboral que están condicionando el endurecimiento de la emancipación juvenil y el "embotellamiento" en la familia de origen. Posteriormente (III) se aportarán datos concretos que ayuden a valorar las

dimensiones que está adquiriendo en España la inestabilidad en el empleo, el empeoramiento del lugar ocupado por franjas considerables de la juventud en la estructura ocupacional y su persistente presencia en el desempleo.

II. "Jóvenes de larga duración": La discontinuidad en las biografías laborales de los jóvenes

El efecto más contundente de los procesos reseñados sobre el conjunto de la juventud está relacionado con la limitación de las oportunidades de emancipación. El informe sobre la juventud (1996) ofrece datos suficientemente esclarecedores: 4 de cada 5 jóvenes residen en el domicilio de la familia de origen. Este dato se agrava si consideramos que la cohorte de 25 a 29 años es la más perjudicada por esta prolongación. Al inicio de la década, sólo el 25% de los jóvenes de este grupo vivían en el domicilio paterno, en 1996 este porcentaje se eleva al 46%. La edad media de emancipación se ha retrasado paulatinamente y el informe revela que no es sino hasta los 27 años cuando la mitad de los jóvenes la alcanza. A los 29 años, a punto de convertirse en adultos estadísticamente, encontramos aún un 30% de jóvenes dependientes del domicilio de origen. El chiste frecuentemente oído del joven que está esperando a ver si se van sus padres de casa se apoya en esta realidad concreta del "joven de larga duración".

Las carencias de autonomía de los jóvenes concuerdan cada vez más con el modelo de empleo inestable que se divulga. Los últimos quince años han conducido a un fuerte declive de los jóvenes autosuficientes económicamente: en 1984, el 64% de los jóvenes entre 25-29 años tenían una independencia económica completa, en 1988 ese porcentaje se había reducido al 60% y en 1996 cayó hasta el 32%. El descenso es, sociológicamente, impresionante. Si seguimos aportando datos de esta última cohorte de la edad joven, encontramos interesantes tendencias complementarias. Por una parte, han aumentado

los jóvenes entre 25-29 años completamente dependientes: un 13% en 1984 frente a un 24% en 1996. Por otra parte, han crecido aquellos que se encuadran en la categoría de semiautosuficientes - 12% en 1984 frente a 26% en 1996-. Esta última cifra muestra claramente cómo en los últimos años han proliferado las situaciones en las que los jóvenes tienen acceso a ciertos recursos que son insuficientes para una autonomía económica completa y que sólo les permiten acceder a una semiautonomía.

Esa amplia gama de ocupaciones "juveniles" de la era de la flexibilidad, de las que luego nos ocuparemos, permiten obtener dinero de bolsillo e integrarse culturalmente a través del consumo de moda, pero no permiten una integración social plena. La carestía de la vivienda y la prolongación de los recorridos formativos hacen el resto y conforman el panorama general de una emancipación anémica. En definitiva, los trabajos de los jóvenes actuales alcanzan para tener ciertos ingresos, pero cada vez menos para independizarse.

Recientemente, y conforme se asienta este modelo de empleo entre los jóvenes, han comenzado a prodigarse los argumentos que lo justifican. El resignado "esto es lo que hay" o el punitivo "trabajo hay, lo que no hay son ganas de trabajar" están siendo complementados con un nuevo giro de tuerca que ampliará la normalidad y legitimidad de la temporalidad. "Hay que ir acumulando experiencia"; "no se puede empezar por arriba, hay que aceptar los trabajos desde abajo" o "si vives en casa tienes que contribuir" son los argumentos en boga elaborados desde los medios de comunicación, que se arraigan en la opinión de la mayoría de los jóvenes y sirven de coartada para aceptar los cada vez más penosos empleos y para marcar los exiguos trayectos de vida familiar y emancipación.

Asimismo, desde posiciones científicas, la justificación a esta penuria emancipatoria ligada a la dinámica de la temporalidad en el mercado de trabajo, ha sido interpretada recientemente como fruto de un "*pacto intergeneracional implícito*".

Según estos autores, se puede plantear la

existencia de un pacto entre las generaciones que mantiene los derechos de estabilidad de los trabajadores mayores mientras se los niega a los jóvenes para aminorar el ritmo de desplazamiento de sus antecesores. Este "pacto" impondría a los jóvenes la temporalidad como coste por su mejor nivel de formación y compensaría así la escasa formación de los trabajadores mayores, que verían en peligro su situación de no plantearse dicho "pacto". La desigualdad de derechos que presenciamos respecto a la estabilidad proviene de la necesidad de los trabajadores mayores estables descualificados de asegurar sus empleos estables frente a los jóvenes cualificados. Estos son "penalizados" con la temporalidad y con una mayor facilidad en el despido para compensar la enorme ventaja formativa que tienen respecto a sus mayores y han de aceptar la desigualdad que les toca.

Este tipo de planteamiento atribuye al concepto generación o al de grupo de edad demasiada influencia a la hora de conformar las tendencias sociales y demasiada capacidad de interpretación sociológica, sobre todo, cuando la cualificación de la que hablamos contiene, ineludiblemente, orígenes y posiciones de clase, de las que en el "pacto" ni de refilón se mencionan. Esta operación, en apariencia una descripción científica basada en variables clásicas en economía -como la facilidad del despido, la temporalidad o la cualificación-, selecciona y define dos grupos de edad perfilados en torno a estas variables y que quedan así enfrentados de modo que los mayores estables descualificados acaban siendo los culpables de la temporalidad que sufren los jóvenes cualificados.

En términos de análisis económico la explicación es muy desacertada porque los empresarios no van a cargar con una mano de obra poco productiva, costosa y descualificada por atender a un "pacto" que a ellos ni les va ni les viene. En todo caso sólo lo harían si les resultase rentable. Por lo demás, si las labores son descualificadas ¿es que acaso no pueden cubrirlas jóvenes cualificados? En términos de análisis económico,

el argumento no se mantiene en pie, pero en términos prácticos construye una cadena de interpretaciones que acaba siendo muy pero que muy "políticamente correcta"...: los trabajadores mayores son un lastre para la economía y sólo aseguran su estabilidad condenando a los jóvenes al trabajo temporal, pero como estos últimos son muy cualificados y adaptables tampoco es este un coste muy alto para ellos, sobre todo cuando las carencias de autonomía serán suplidas por lo que los autores llaman la "digestión familiar". Este planteamiento exime de culpa a los empresarios, que no salen en la foto ni se sientan en la mesa de negociaciones que ha erigido ese "pacto". Un pacto que trata, ni más ni menos, de las condiciones de uso de la mano de obra.

Esta omisión del conflicto social simplifica la realidad y es profundamente anticientífica e intensamente ideológica. La estructura social no puede ser sustituida por la estructura de edad. El análisis de las edades no puede ignorar a la clase social en la explicación sociológica. En el estudio de las condiciones de vida de los jóvenes esto equivale a ocultar y no investigar las enormes repercusiones que para los jóvenes tiene este vínculo entre la inestabilidad de los recorridos biográficos y su creciente inestabilidad en el empleo.

III. Jóvenes relegados: Las desigualdades de los jóvenes en el mercado de trabajo

El mercado de trabajo es el ámbito donde las desigualdades entre edades se han manifestado más abiertamente. A pesar de que la apabullante inestabilidad laboral está consiguiendo encallecer la identidad laboral de los jóvenes, de modo que se acepta progresivamente como algo natural, resulta muy forzado mantener que sus condiciones de empleo están mejorando, por desgracia no es así. Las tasas diferenciales de temporalidad por edad crecen; el copioso desempleo persistente no se reduce en demasía, el auge de las ocupaciones penosas y

descualificadas degradan y subemplean a los jóvenes. Estos son algunos de los síntomas que ratifican este apogeo de la precariedad y que detallaremos a continuación.

Integrada en un estilo económico volcado hacia una competitividad cuasibélica, la inestabilidad laboral es el giro que, en estas dos últimas décadas, se ha verificado en el binomio empleo-desempleo, de manera que la delimitación entre ambos se hace cada vez más imprecisa. Esta progresiva indeterminación de las fronteras entre empleo y desempleo está relacionada con el declive del modelo de empleo estable y de las biografías de continuidad y estabilidad laboral que tenían quienes trabajaban bajo esa norma. La gestión de la mano de obra no se desvinculaba del ciclo vital y profesional del empleado.

El desenlace de estos procesos no es sorprendente: la juventud se ve avasallada por itinerarios laborales cada vez más inestables y desintegrados, basados en la máxima flexibilidad y rotación. Las sucesiones de fases de empleo y desempleo conforman un mismo flujo de gestión de la fuerza de trabajo. Para la economía empresarial es tan importante poder hacer un uso flexible del empleo como contar con un número importante de desocupados disponibles para trabajar de este modo. Por esto, el ondulante prototipo al que tienden la mayoría de trayectorias laborales juveniles es el de una espiral en la cual se suceden, cada vez con mayor normalidad, períodos de empleo seguidos por otros de paro que preparan para un nuevo y diminuto episodio laboral. De esta forma se reproduce la insignificancia en el empleo, que es también causa de la discontinuidad vital de muchos jóvenes. Podemos señalar algunos datos concretos de estas dinámicas. La movilidad del empleo juvenil es uno de los rasgos más llamativos en la evolución de los últimos años. En general, la vida laboral de los jóvenes se ve salpicada por breves experiencias laborales. El Informe de Juventud de 1996 señala cómo el 41% de los jóvenes de 25-29 años con trabajo remunerado han pasado, al menos, por tres empleos diferentes. El propio Informe de Juventud y otras fuentes de información

como la EPA muestran cómo alrededor de un 70% de los jóvenes trabajan con contratos temporales. La gravedad de la situación se acentúa si consideramos que el grupo de edad que más ha visto crecer su participación ha sido el de 25-29 años, como vemos, la temporalidad no afecta tan sólo a los grupos más jóvenes sino que comienza a extenderse y afianzarse en la gradación de edades.

Los jóvenes que trabajan en las profesiones más descualificadas sufren tasas de temporalidad por encima de la media. La relación entre la clase social y la temporalidad es estrecha. Las ocupaciones no cualificadas de industria y servicios tienen tasas que duplican las de los profesionales y técnicos. Estos grupos ocupacionales han crecido y la abundante participación en ellos de los jóvenes anuncia nuevas desigualdades, en este caso intrageneracionales, relacionadas con el efecto de polarización creciente que se puede producir entre los jóvenes altamente cualificados y el resto.

Todo lo anterior se agrava si tenemos en cuenta que la duración de estos contratos temporales es cada vez más corta. En 1993, el 53% de los contratos temporales no superaba los seis meses de duración, esta cifra crecía hasta el 65% en 1997. Incluso los observadores más optimistas del mercado de trabajo, consideran esta tendencia como una de la más preocupantes actualmente. Las empresas de trabajo temporal (ETT) se han adueñado de la gestión de esta mano de obra juvenil flexibilizada. En 1998, el 89% de los contratos realizados tuvieron una duración inferior al mes y la edad media de los "empleados" por las ETT era de 26 años. Estas empresas constituyen un factor añadido de precarización, pues someten a sus empleados a duros regímenes salariales, condiciones de trabajo en las que las actividades de alto riesgo tienen una elevada presencia y dificultan la participación sindical de sus trabajadores. El hecho de que esta labor de intermediación se institucionalice indica hasta qué grado la inestabilidad laboral está arraigada en el sistema.

La evolución reciente del desempleo se halla relacionada con la extensión de estos contratos de breve duración. Durante los últimos cuatro años, la tasa de paro juvenil ha descendido paulatinamente. Sin embargo, los elevados índices de rotación eclipsan el esplendor de esta reducción. A mi entender, el problema del paro de los jóvenes, que constituyó una de las imágenes señaladas de la cuestión juvenil en la década de los ochenta, está siendo desplazado, a lo largo de los noventa, por los nuevos efectos de la temporalidad sobre la vida de los jóvenes (Santos, 1999). Evidentemente, el desempleo no se ha resuelto, buena prueba de ello son las actuales tasas que siguen siendo muy altas -35% para los jóvenes entre 15-29 años en 1998- o el enorme contingente de jóvenes parados de larga duración, que representan más de la mitad del total de parados en edad joven. Pero con todo, hoy el empleo está más al alcance de los jóvenes. La abundancia de contratos de muy breve duración eleva, automáticamente, la movilidad de los jóvenes en el empleo y reduce la duración de sus situaciones de paro. Sin embargo, en este contexto surgen algunas nuevas preguntas y otras reactualizadas que se convertirán en los interrogantes centrales de la futura cuestión del empleo joven.

La primera está relacionada con la calidad de los empleos que se crean y a quién favorecen realmente. Algunos datos que proporcionan los registros del INEM pueden aproximarnos a la cuestión. Las altas de oferta en el INEM son los puestos de trabajo ofrecidos por empresas y organismos públicos o privados, registrados en las Oficinas de Empleo durante el período de referencia, para que el INEM gestione su cobertura con los demandantes idóneos. Pues bien si tomamos este dato como un indicador que nos aproxime a la calidad de los empleos creados, se ha de señalar la elevada proporción de trabajos con poca o nula cualificación. Del total de puestos de trabajo ofrecidos sólo un 8% correspondía a las categorías 2-3 de la Clasificación Nacional de Ocupaciones, que incluye a los profesionales y técnicos superiores y a los de apoyo. Por el contrario, un 49% pertenecían a los grupos 5-9, que recogen las ocupaciones de servicios con poca o nula

cualificación. Por otra parte, de las 11.663.279 contrataciones que se registraron en 1998, un 96% eran contratos temporales con una duración cada vez menor. La contratación indefinida sigue siendo un deseo inalcanzable. Además, hay que resaltar el importante peso de las edades jóvenes en estos contratos: el 35% se realizaban a jóvenes comprendidos entre 20-29 años.

La baja calidad de los empleos se percibe también si además de la duración del contrato valoramos el tipo de ocupación. En este sentido, y con datos de la EPA correspondientes a 1997, los jóvenes se caracterizan por una sobrepresencia en las clasificaciones ocupacionales 5 y 9, que como ya hemos adelantado corresponden a los servicios menos cualificados. Casi un 40% de los jóvenes -frente a un 28% para el conjunto de la población- se dedican a estas tareas que apenas requieren preparación profesional. En el mercado de trabajo no se absorbe el patrimonio educacional que ha acumulado la población joven y se ofertan empleos con niveles formativos más bajos. El subempleo creciente es otro de los rasgos que a corto plazo se evidenciará con fuerza en nuestra sociedad y que demuestra el alto precio que han de pagar los más jóvenes en términos de inserción precaria en el mercado de trabajo.

El abundante desarrollo de los servicios privados finales en los países del sur de Europa -ocio, cuidados personales, comercio-, que requieren poca cualificación, hace que esta sea otra de las cuestiones centrales en el debate sobre juventud en las próximas décadas. La baja calidad de las ocupaciones juveniles abre una amplia problemática que la convierte en una discusión de sociedad. Sus implicaciones en el ámbito salarial, debido a la presencia de tasas crecientes de la población considerada de bajos salarios -2/3 del salario mínimo-, en el ámbito profesional y de las condiciones de trabajo, con la aparición de nuevos requerimientos que elevan la penosidad de un buen número de ocupaciones muy frecuentadas por los jóvenes o en el ámbito formativo-educativo, con una progresiva polarización de las cualificaciones y una acusada dificultad de encontrar empleos buenos para los trabajadores con débiles niveles formativos. Además de tener o

no tener empleo, se están creando nuevas formas de segregación entre los jóvenes ligadas al tipo de empleo que se tiene (Santos, 1999).

Conclusión

Cada generación vive un periodo concreto de acontecimientos históricos que acaban dando un tono característico a las vidas de sus componentes. Es difícil decidir cuál de todos los eventos sucedidos en los últimos veinte años determina en mayor medida a los jóvenes nacidos desde finales de los sesenta hasta finales de los setenta. Todos ellos, y también probablemente algunas edades anteriores, que hoy cuentan entre 30-34 años, podrían definirse como las generaciones de después de la crisis, marcadas por los efectos de la recesión, la desindustrialización y la precariedad laboral que ha seguido a la crisis económica que tambaleó la economía capitalista en 1973. Probablemente, la divulgación progresiva de un marco laboral en el que la inestabilidad generalizada del empleo se convierte en la nota dominante pueda convertirse en el rasgo más representativo de la actual generación joven y en una dimensión central de la nueva cuestión social (Alonso, 1999).

Para aproximarnos a los problemas de participación juvenil, en este artículo se ha prestado atención a los procesos de génesis de las desigualdades socioeconómicas entre los jóvenes. El modo en que éstas se estructuran tendrá mucho que ver con las desigualdades que éstos vivirán como adultos. La identidad juvenil es meramente un tópico sin valor analítico si no distinguimos la gran variedad interna del colectivo de jóvenes. Desde las primeras etapas de la inserción, se pueden percibir diferentes "velocidades" en cuanto a la futura posición social y a la movilidad socioeconómica. La aparente homogeneidad de la juventud, tan astutamente empleada por las marcas comerciales o por los creadores de opinión, no es tal. Los jóvenes que hoy parecen compartir gustos y afinidades comunes serán, dentro de poco, los adultos que protagonizarán los conflictos centrales de las sociedades capitalistas de los inicios del próximo

siglo. Hoy asistimos a la definición de estos conflictos: educación para la élite/educación de masas; empleados/parados; empleos hipercualificados/empleos sin cualificación; temporalidad estructural en el empleo/empleos potencialmente más estables. Los enfrentamientos entre las clases sociales en un futuro cercano están determinados por todas estas polaridades, algunas son tradicionales y han caracterizado el desarrollo histórico de la desigualdad en la sociedad industrial, pero otras son de nuevo cuño y nunca es demasiado pronto para adelantar rasgos sobre ellas, ya que quienes van a sufrir estas dinámicas en un futuro están actualmente en los grupos de edad joven.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALONSO, L. E. (1999): Trabajo y ciudadanía, Trotta-Fundación 1º de Mayo, Madrid.

GARRIDO, L. Y otros (1999): "Empleo y paro en España: algunas cuestiones candentes", en Miguélez, F., Prieto, C. Las relaciones de empleo en España, Siglo XXI, Madrid.

GAULLIER, X. (1998): "Âges mobiles et générations incertaines", Esprit, octubre 1998.

MARTÍN SERRANO, M. Y VELARDE, O. (1996): *Informe Juventud España 96*, Instituto de la Juventud, Madrid.

SANTOS, A. (1999): "El rejuvenecimiento de la pobreza: el avance de la inseguridad laboral y la exclusión social", Gaceta Sindical nº 172.